gación, buscando las sendas fáciles por miedo á la lucha. ¡Qué tiempos, Cristo! ¿Qué juventud era aquella?...

Su hijo apenas le escuchaba. Seguía inmóvil, anonadado por la desgracia y doblaba la cabeza como si las palabras de su padre fuesen un golpe que le abatía para siempre.

La *Borda* volvió á gemir.

—*¡Silensi! ¡he dit silensi!*—dijo con voz fosca el tío Toni.

A su pena inmensa, reconcentrada y muda, le molestaba que otros se aliviasen con el llanto; mientras él, por su dureza de varón fuerte, no podía desahogar el dolor en lágrimas.

El tío Toni habló por fin. Su voz no temblaba, pero velábase con la débil ronquera de la emoción.

La muerte vergonzosa de aquel desdichado era un final digno de su conducta. Se lo había predicho: acabaría mal. Cuando se nace pobre, la pereza es el crimen. Así lo ha arreglado Dios y hay que conformarse... Pero ¡ay! era su hijo... ¡su hijo! ¡la carne de su carne! Su férrea rectitud de hombre honrado mostrábase insensible ante la catástrofe; pero allá, dentro del pecho, sentía cierta opresión, como si le hubieran arrancado parte de sus entrañas y estuviesen á aquellas horas sirviendo de pasto á las anguilas de la Albufera.

Quería verlo por última vez, ¿le entendía su padre?... Quería tenerle en sus brazos, como de pequeño, cuando lo adormecía cantándole que el *pare* trabajaba para hacerle labrador rico, dueño de muchos campos.

—*¡Pare!*—decía con voz angustiosa al tío Paloma.—*Pare, ¿ahón está?*

El viejo contestó indignado. Debían dejar las cosas como las había arreglado la causalidad. Era una locura torcer su curso. Nada de escándalos ni de levantar la punta del misterio. Así estaba bien: oculto todo.

La gente, al no ver á Tonet, creería que había huído en busca de aventuras y de vida regalada, como al marchar á América. El lago conservaba bien sus secretos: transcurrirían años antes que una persona pasase por el sitio donde estaba el suicida. La vegetación de la Albufera lo tapa todo. Además, si hablaban, si publicaban la muerte, todos querrían saber más, intervendría la justicia, se averiguaría la verdad, y en vez de un *Paloma* desaparecido, cuya vergüenza sólo conocían ellos, tendrían un *Paloma* deshonrado que se daba muerte por huir del presidio y tal vez del *carafalet*. No, Tono: lo decía él con su autoridad de padre. Por unos cuantos meses de existencia que le quedaban, debía respetarle, no amargar sus últimos días con la deshonra. Quería beber tranquilo con los demás barqueros, pudiendo mirarlos cara á cara. Todo estaba bien: á callar, pues... Además, si descubrían el cadáver no lo enterrarían en sagrado. Su crimen y su suicidio le privaban de la misma sábana de tierra que los demás. Mejor estaba en el agua, hundido en el barro, rodeado de cañas, como último vástago maldito de una famosa dinastía de pescadores.

Excitado por los lloros de la *Borda*, el viejo la amenazaba. Debía callar. ¿Es que quería perderlos?

La noche fué interminable, de un silencio trágico. El lóbrego ambiente de la barraca parecía aún más denso, como si sobre él proyectasen su sombra las alas negras de la desgracia.

El tío Paloma, con la insensibilidad del viejo duro y egoísta que desea prolongar su vida, dormitaba en la silleta de esparto. Su hijo pasaba las horas inmóvil, con los ojos desmesuradamente abiertos, fijos en el oleaje de sombras que la trémula luz del candil trazaba en la pared. La *Borda*, sentada en el fogón, sollozaba débilmente, oculta en la sombra.

Hubo un momento en que el tío Toni se estremeció, como si despertase. Se irguió, fué á la puerta de la barraca y, abriéndola, miró al cielo estrellado. Debían ser las tres. La calma de la noche pareció penetrar en él, afirmando la resolución que acababa de surgir en su voluntad.

Se aproximó al viejo y lo empujó, hasta despertarlo.

—*¡Pare... pare!*—dijo con voz suplicante.—*¿Ahón está?...*

El tío Paloma, medio dormido, protestó furioso. Debía dejarle en paz. Aquello no tenía remedio. ¡Quería dormir y ojalá no despertase nunca!...

Pero el tío Toni continuaba suplicando. Debía pensar que era su nieto: él, que era el padre, no podría vivir mientras no lo contemplase por última vez. Se lo imaginaría á todas horas en el fondo del lago, corrompido por las aguas, devorado por las bestias, sin la sepultura en tierra que alcanzaban los más miserables, hasta aquel *Sangonera*, que vivió sin padre. ¡Ay; trabajar sufriendo toda la vida, para asegurar el pan al hijo único y abandonarlo después, sin saber dónde está su tumba, como los perros muertos que se arrojan en la Albufera! ¡No podía ser, padre! ¡era muy cruel! Jamás tendría valor para navegar en el lago, pensando que tal vez su barca pasaba sobre el cadáver del hijo.

—*¡Pare... pare!*—imploraba moviendo al viejo casi dormido.

El tío Paloma se irguió, como si fuese á pegarle. ¿Quería dejarlo en paz?... ¿Buscar él otra vez á aquel cobarde?... ¡Que le dejasen dormir! No quería revolver el barro con peligro de hacer pública la deshonra de su familia.

—*Pero, ¿ahón está?*—preguntaba ansioso el padre.

El iría solo; pero, ¡por Dios! debía decirle el sitio. Si el abuelo no hablaba sentíase capaz de pasar el resto de la vida registrando el lago, aunque hiciera público su secreto.

—*En la mata del Bolodró*—dijo por fin el viejo. —*Te costará de encontrar.*

Y cerró los ojos, inclinando la cabeza para reanudar aquel sueño, del que no quería salir.

El tío Toni hizo un gesto á la *Borda*. Cogieron sus azadones de enterradores, sus perchas de barqueros, los agudos tridentes que servían para la pesca de las piezas gruesas, encendieron un farol en la luz del candil y en el silencio de la noche atravesaron el pueblo para embarcarse en el canal.

El negro barquito, con el farol en la proa, pasó toda la noche evolucionando por el interior

de los carrizales. Veíasele como una estrella roja errando á través de las cañas.

Cerca del amanecer, la luz se apagó. Habían encontrado el cadáver después de dos horas de busca angustiosa; tal como lo vió el abuelo, con la cabeza hundida en el barro, los pies fuera del agua y el pecho convertido en una masa sanguinolenta, destrozado á boca de jarro por la metralla de los cartuchos de caza.

Lo recogieron con sus tridentes del fondo del agua. El padre, al clavar su *fitora* en aquel bulto blanducho, izándolo á la barca con sobrehumano esfuerzo, creyó que la hundía en su propio pecho.

Después fué la marcha lenta, angustiosa, mirando á todos lados como criminales que temen ser sorprendidos. La *Borda*, siempre sollozante, perchaba en la proa: el padre ayudábala en el otro extremo de la barca, y entre estas dos figuras rígidas, que recortaban su negra silueta en la difusa luz de la noche estrellada, yacía tendido el cadáver del suicida.

Abordaron á los campos del tío Toni, aquel suelo artificial, formado espuerta sobre espuerta, á fuerza de puños, con una tenacidad loca.

El padre y la *Borda*, cogiendo el cadáver, lo descendieron cuidadosamente á tierra como si fuese un enfermo que podía despertar. Después, con sus azadones de enterradores infatigables comenzaron á abrir una fosa.

Una semana antes aún traían tierra allí, desde todos los extremos del lago. Ahora la quitaban para ocultar la deshonra de la familia.

Comenzaba á amanecer cuando bajaron el cadáver al fondo de la fosa, que rezumaba agua por todos lados. Una luz fría y azulada extendíase sobre la Albufera, dando á su superficie el duro reflejo del acero. Por el espacio gris pasaban en triángulo las primeras bandas de pájaros.

El tío Toni miró por última vez á su hijo. Después volvió la espalda como si le avergonzasen las lágrimas que rompían por fin la dureza de sus ojos.

Su vida estaba terminada. ¡Tantos años de batalla con el lago, creyendo que formaba una fortuna, y preparando, sin saberlo, la tumba de su hijo!...

Hería con sus pies aquella tierra que guardaba la esencia de su vida. Primero la había dedicado su sudor, su fuerza, sus ilusiones: ahora, cuando había que abonarla, la entregaba sus propias entrañas, el hijo, el sucesor, la esperanza, dando por terminada su obra.

La tierra cumpliría su misión: crecería la cosecha como un mar de espigas cobrizas sobre el cadáver de Tonet. Pero á él... ¿qué le restaba que hacer en el mundo?

Lloró el padre contemplando el vacío de su existencia; la soledad, que le esperaba hasta la muerte, lisa, monótona, interminable, como aquel lago que brillaba ante sus ojos, sin una barca que cortase su rasa superficie.

Y mientras el lamento del tío Toni rasgaba como un alarido de desesperación el silencio del amanecer, la *Borda*, viendo de espaldas á su padre, inclinóse al borde de la fosa y besó la lívida cabeza, con un beso ardiente, de inmensa pasión,

de amor sin esperanza, osando, ante el misterio de la muerte, revelar por primera vez el secreto de su vida.

FIN

Playa de la Malvarrosa (Valencia).
Septiembre-Noviembre 1902.